

ROMANCE

DE CIRIBLAS AMARGO COMO LA FIEL,
DE LA DERROCA DE PADIERNA.

I.
PRINCIPIO.

Que arrastren sus negras caudas,
Que barran sus mantos negros
Bajo la bóveda obscura
De mis lejanos recuerdos
Del desgraciado Padierna
Los dolorosos sucesos.
Tras de la batalla el triunfo
Valencia creyó tan cierto,
Que derramó los honores
Entre sus bravos guerreros
Con la propia suficiencia
Que el mismo Jefe Supremo.
El enemigo se hallaba
Como entre dos barras preso,
Una de Francisco Pérez
Jefe valiente y experto;
Otra de nuestros soldados
Con sus victorias soberbios.
Faltaba sólo un empuje,
Sólo un atinado esfuerzo
Para que justa la gloria
Nos diera lauros eternos.

II.

DESPUES DE LA BATALLA.

La ambición dominadora
Como pérfida coqueta
Celos infunde á Santa Ana,
Y en cuanto la noche cierra,
Suspendida la batalla,

Sus tropas del campo aleja
Y les ordena iracundo
Que en San Angel se guarescan.
Valencia á Santa Ana acusa;
Santa Ana con rabia intensa
De insubordinado inculpa
Y de traidor á Valencia.
Padierna quedaba preso
Por las enemigas fuerzas,
Arbitro de nuestros flancos,
Dueño de las eminencias.
La lluvia empapaba el suelo,
Dominaba la tiniebla,
La tropa estaba en sus sitios,
Desesperada y hambrienta,
Sin una señal de enojo
Sin exhalar una queja;
Valencia en una barraca,
Bajo una opaca linterna
Única luz que en el campo
Lanzaba su luz siniestra,
Una razón de Santa Ana
Con quietud lúgubre espera.
De pronto dos ayudantes
Como dos fantasmas llegan
Y le dicen se retire
De parte de su Excelencia.
Retirarse: lo imposible;
Tras la derrota la afrenta.
¿Cómo romper aquel cerco
Que sujetaba á Padierna?
¿Cómo ordenar retirada
Entre las sombras espesas,
Desde la empinada loma
Y entre sus grutas y quiebras?
Valencia en un brusco arranque
Dió á Santa Ana por respuesta,
Que dejarlo sin auxilio,
Era la traición más negra.

III.

SANTA ANA Y VALENCIA.

Está en San Angel Santa Ana,
Casa del General Mora,
Circúndado de su corte

Contra Valencia furiosa
 Por su ciega indisciplina
 Hija de su ambición loca.
 La lluvia forma torrentes
 En las caídas de las lomas;
 Y en los cuarteles rendidas
 Se dan al sueño las tropas.
 Entre tanto, del relámpago
 Se miraba á la luz roja,
 En el campo de Valencia
 El desórden, la congoja,
 Rugidos de descontento,
 La confusión, la zozobra:
 Como en lo hondo de un abismo
 En remolino se chocan
 Del torrente aprisionado
 Las enfurecidas olas.
 Valencia creyó imposible
 Su abandono en tal congoja,
 Y manda á Don Luis Arrieta
 Con otro amigo, persona
 Que este romance me dicta
 Con sinceridad notoria,
 A que su trance tremendo
 Al Presidente le esponga.
 Mientras, al favor seguro
 De aquellas macizas sombras,
 La desertión se desliza
 Y las armas se abandonan.
 Santa Ana escuchó el mensaje
 De Arrieta montado en cólera,
 Y le dijo enfurecido,
 Brotando injurias su boca—
 ¿Yo, auxiliar á ese bandido,
 Yo, exponer torpe á mis tropas
 A la lluvia y la intemperie
 En noche tan horrorosa?
 —Señor, pero á la intemperie
 Están los que auxilio imploran
 —No me repliquéis, marchaos—
 Y la mirada rabiosa,
 La actitud amenazante,
 La voz alterada y bronca
 Al aturdido emisario
 Alejan de su persona.

IV.

LA VUELTA DE ARRIETA.

Valencia inquieto esperaba
 De su emisario el regreso
 A la entrada de su tienda
 En fatal desasosiego.
 Arrieta llegó aturdido,
 Y su misión exponiendo,
 Desplomó de la esperanza
 Los patrióticos proyectos.
 Entónce herido Valencia
 Cual demente, airado, ciego,
 A gritos, sin precauciones,
 Sin razón, sin miramiento,
 Se desató en desvergüenzas,
 En tremendos improperios—
 Se nos vende; nos entrega
 Ese mandarín soberbio;
 Nos encontramos perdidos
 Por ese mónstruo perverso—
 Y se levanta el tumulto;
 El rencor, el odio, el miedo
 Dan al campo de Valencia
 El aspecto de un infierno.

V.

LA DERROTA

Apenas raya la aurora
 Del veinte del mes de Agosto,
 Cuando el yankee á campo abierto
 Avalanzóse impetuoso.
 Tres columnas se disparan
 Terribles contra nosotros;
 Y resisten sus esfuerzos
 Nuestros soldados heroicos.
 Parrodi á los enemigos
 Les hace morder el polvo;
 Y González de Mendoza
 Al contrario deja absorto
 Cuando herido, sin auxilio
 Y en su puesto casi solo

Esgrime su ardiente espada
 Y es de valientes asombro;
 Y Zires, Agustín Zires
 En su reducto impetuoso,
 Entre enemigos y muertos,
 Entre heridos y despojos,
 Quedando él solo con vida
 Grande, entero, valeroso,
 Cayó herido entre las rocas
 Bañado de sangre el rostro.
 Avanzan los enemigos
 Insolentes, victoriosos,
 Y voltean los cañones
 Haciendo doquier destrozos
 Contra miles de dispersos
 Y trenes y carros rotos
 Que bajaban de la loma
 En atropello horroroso.
 Quedaban muertos tendidos
 En lastimoso abandono;
 Ahullaban nuestras mujeres
 Flotándoles, el rebozo,
 Con los brazos levantados,
 Con la locura en los ojos;
 Y así en tremendo avalanche
 Confuso, hirviente, monstruoso,
 Los empujó la derrota,
 Y los pisoteó el oprobio

VI.

EL ULTIMO CHOQUE

Tal la rota de Padierna
 Triste consignó la Historia;
 Salvando del hondo olvido,
 Y dignos de prez honrosa
 A Frontera esclarecido,
 A Olaguíbel el patriota,
 A su ayudante Ramírez,
 Que el Nigromante le nombra,
 Y á Barreiro y á mil otros
 Dignos de honrosa memoria

Valencia marchó á Toluca

Disfrazado y sin escolta:
 Santa Ana á México baja
 Con sus trenes y sus tropas.
 Y la conciencia severa
 Tras de lid tan desastrosa
 Puso con mano inflexible
 Del crimen en la picota
 Los nombres de los caudillos
 Que causaron la deshonra
 De las armas mexicanas
 Tan dignas de la victoria.